



CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Fray Cipriano de Utrera y Dr. Vetilio Alfau Durán

AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

Año XXIV

Ciudad Trujillo, República Dominicana

Enero-Marzo de 1956 Núm. 106

En torno al general José Joaquín Puello

Discurso de ingreso como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, leído por el licenciado don Víctor Garrido en la sesión solemne celebrada el 26 de enero, Día de Duarte, de 1956.

Señor Presidente,
Señores Académicos:

En la vida lo único cierto e irrevocable es la muerte. ¿No sería más exacto decir que la vida es una concesión de la muerte? A este saldo de cuenta de la luz con la sombra, del existir con el no ser, inevitable por su naturalidad, debo la honra inmerecida de que vuestra benevolencia me haya hecho un sitio a vuestro lado.

El 30 de mayo del pasado año el sopio del misterio abatió al Doctor Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, esclarecido presidente de esta docta Academia. Sus parientes le lloraron. Sus amigos se afligieron. Sus enemigos se mordieron la lengua en silencio y mostraron semblante compungido. Esta Casa desenfundó los crespones y les colgó en sus ventanas. El hombre que nos habíamos acostumbrado a ver, a oír, a admirar se perdió en la nada. El duerme ahora el sueño que nada perturba, su sueño de

gloria, quizás olvidado en medio del flujo y reflujo de la marea mundanal. Sin embargo, el Dr. Troncoso de la Concha perteneció a esa categoría de hombres que triunfan del olvido por el clima de excelsitudes endonde florecen y fructifican sus existencias excepcionales. Él fué un lucero de claridad inextinguible en los ámbitos del pensamiento dominicano, un prócer de la cultura nacional. Su estatura histórica, por su participación en la vida pública de nuestro país, la medirá la fama por cuanto realizó en labor fecunda su inteligencia privilegiada. Él sirvió a la República con sabiduría y decoro en las más diversas posiciones. La docencia le agradece cincuenta años de enseñanza ininterrumpida. Sus deberes como Primer Magistrado de la Nación no le apartaron de su cátedra. Las esferas del Gobierno, la fluencia de sus luces. Las letras, libros de selección que recogen las esencias más puras de nuestras leyendas y tradicio-



nes y acontecimientos trascendentales de nuestra historia con la consideración debida a la verdad. La Sociedad, una vida modesta, espejo de personal hidalguía y de cordialidad hacia todo el mundo, que se esforzó por no separarse de las normas imperecederas del bien y la virtud. Señoreó todas las cumbres con humildad, pero con dignidad. Si es fácil ocupar el sitio que otro dejó vacante, esa facilidad desaparece cuando se trata de sustituir a quien por la resplandecencia de los atributos que le ornamentan domina el cielo que solamente alcanzan las alas de los valores marcados por los dioses. Y este es mi caso. Vengo a llenar un claro en la fila. Sé que no a reemplazar al ilustre académico cuyo recuerdo vivirá, como inspiración permanente, derramando sus poderosas claridades en este recinto que la venerable musa de la historia magnifica con su augusto ministerio.

El área de las investigaciones en archivos nacionales y extranjeros se ha extendido a favor del respaldo económico que la dirección estimulante del Generalísimo Trujillo ha brindado a los estudios históricos y esta circunstancia permite ahora espigar, con más numerosa información documental, en los acontecimientos y en la conducta de los hombres que en ellos participaron. En este trabajo me propongo esclarecer la actuación del General José Joaquín Puello, quien hizo posible el 27 de febrero, según opinión de sus coetáneos, en los sucesos que culminaron con la entrada del rebelado General Santana en la ciudad de Santo Domingo el 12 de julio de 1844.

El hombre

José Joaquín Puello vió la primera luz del día en pañales de humildad. Nació en la antigua Santo Domingo de Guzmán, la espléndida Ciudad Trujillo de hoy. La sentencia que le condenó a muerte, en 22 de diciembre de 1847, le fijó 39 años de edad. Debíó nacer, por tanto, en 1806. Para otros, sin embargo, nació en 1805, o en 1808. Sus padres, Martín Puello, de la raza de color, y Mercedes Castro, de la blanca, le dieron ejemplo de laboriosidad y probidad. Su testamento, espejo de su vida ordenada y de metódica pulcritud en el manejo de sus asuntos privados, descubren el arraigo que hicieron en su estructuración moral las enseñanzas de sus modestos progenitores. No se sabe nada del remoto tronco originario de los ilustres hermanos Puello, entre los cuales el mayor fué el infortunado adalid de Estrelleta. Tuvo don ejecutivo. Sabía hacerse obedecer. Era radical en sus convicciones patrióticas, extremoso en su nacionalismo entre hombres que andaban pordioseando la protección extraña. No transigió nunca con los afiliados a la tesis de la independencia protegida. Dió

su apoyo a la idea separatista cuando obtuvo la seguridad de que sus invitantes no aspiraban a reunirse con Colombia ni a protectorado de potencia extranjera. Carecía de instrucción suficiente. García le señala defectos de carácter que le desfavorecían. Debe haber sido un hombre que echaba al aire la verdad sin miramientos. A este modo sincero de decir las cosas suele llamársele grosería. Acostumbrado al mando militar, es posible que no anduviese con rodeos en su trato personal con los claudicantes y oportunistas en aquellos momentos que reclamaban decisión y energía para empujar el carro de la República en peligro de atollarse por la diversidad de pareceres y ambiciones reinantes entre los que la detentaban con más ansias de poder que patriotismo. En unos rasgos biográficos probablemente escritos por Morillas, se le tacha de altivo y ambicioso y "de hostil a la raza blanca". Era en realidad un "jefe de grande influencia en las tropas y entre los negros y gente de color". Se le temía por esa causa y se empeñó batalla contra él. Sus enemigos lo fusilaron acusándole de jefe de una conspiración que nadie ha probado.

Cuando Pedro Boyer, Presidente de Haití, invadió y sojuzgó, en 1822, el Estado Independiente de Haití Español, dispuso por decreto, con fines aglutinantes, el reclutamiento general de los jóvenes nativos, así como una nueva división político-administrativa del territorio de la isla. José Joaquín Puello no escapó a esta medida gubernamental. Hizo carrera en la milicia y al ocurrir el derrocamiento del dictador haitiano en 1843, era comandante del regimiento 33 en el cual eran oficiales sus hermanos Gabino y Eusebio. El régimen que se instauró a la caída de la dictadura boyeriana dejó cesantes a los militares y a los civiles que le habían servido con lealtad. José Joaquín Puello y sus hermanos Eusebio y Gabino, despojados del uniforme, ingresaron a la vida civil. Para esa época se intensificaban los trabajos revolucionarios del movimiento separatista que acaudillaba el fundador de La Trinitaria, Juan Pablo Duarte y Díez.

La ayuda del comandante Puello, influyente en las clases populares, fué pedida a nombre de los patriotas por José Díez, tío de Duarte. El la dió sin restricciones en histórico encuentro con Duarte. A partir de ese momento los conjurados creyeron en el triunfo de su causa, dicen los comentaristas de este acontecimiento. El comandante Puello entró en actividad con ardor y entusiasmo. Sumó sus amigos al movimiento. Conquistó nuevas adhesiones. Puso sus conocimientos militares al servicio de la revolución y su prestigio y prestancia le hicieron sitio entre los jefes de la subrepticia campaña libertadora. Duarte, Pina y Pérez se embarcaron acosados por la



persecución sin tregua de Herard. Sánchez se ocultó. “Los conjurados, dice Madiou, no perdían la esperanza de ver realizado su proyecto y se ponían en relación durante la noche con Joaquín Puello que consideraban como el jefe de la conspiración porque era militar”. Al decidirse que la separación de Haití fuese proclamada el 27 de febrero de 1844, él fué escogido para dirigir las operaciones militares con el grado de coronel. Las comandó con singular acierto y fué el primer comandante de la plaza de Santo Domingo cuando Desgrotte, el Gobernador haitiano, tras una capitulación convenida, hizo entrega de ella a los pronunciados de la Puerta del Conde. Las disposiciones del Coronel Puello hicieron posible una rápida organización de la plaza. Su preponderancia en los acontecimientos que se sucedían con celeridad vertiginosa le grangeó pronto notoriedad. Cuando el General Santana, rebelado en Azua, se adueñó de la capital, y fué proclamado por el ejército del Sur jefe supremo de la república, conservó al ya General de Brigada Puello, por política y por necesidad, según Saint Denys, en la posición que le había confiado la Junta Central Gubernativa. Al asumir su primera presidencia constitucional le nombró Gobernador de la provincia de Santo Domingo.

En el transcurso del año 1845 el Gobierno haitiano resolvió abrir una segunda campaña militar contra la recién establecida República. Esta fué movilizada para enfrentar la situación que se aproximaba. La ofensiva victoriosa que permitió al Ejército Expedicionario del Sur apoderarse de Cacimán, El Puerto, Las Caobas, Los Pinos y el Oreganal concluyó el 13 de julio. Las tropas dominicanas, abrumadas por la superioridad del ejército haitiano, tuvieron que batirse en retirada. El General Duvergé, Jefe del ejército expedicionario, abandonando la región fronteriza al invasor, se reconcentró a orillas del Yaque del Sur. Los haitianos se expandieron como una ola hasta la Sabana de Santomé con grave perjuicio para las personas y las propiedades. Ante esta apurada situación, el General José Joaquín Puello, designado Comandante de la Primera División del Sur, marchó velozmente hacia la zona de peligro y montó su cuartel general en la estratégica población de Las Matas de Farfán. En la mañana del 17 de septiembre ataca al enemigo, fuertemente instalado en los cerros que coronan la sabana de Estrelleta, y hunde en la más completa derrota a los generales Morrissett, Tousaint y Telemaque. El General Puello se convierte en el héroe de Estrelleta, la única batalla de nuestras guerras de la independencia peleada conforme a las reglas castrenses. Sus adversarios crecieron en número. La envidia, asociada con la ambición, empezó a martillar

contra él en el ánimo del Presidente Santana. La victoria del 17 de septiembre y su conocida oposición a las maquinaciones antinacionales de aquellos que pugnan por subordinar la soberanía de la patria a la protección de una nación extranjera, dieron al General Puello estatura descolante en la política posfebrista. Era el compañero de Duarte en la idea de libertad sin trabas. “Fué el brazo de la reacción nacionalista el 9 de junio de 1844. Ese fué su crimen” (1). El general Santana no se atreve a alejar de su lado, sin causa que justificara su resolución, a quien es visto por la opinión pública como su probable sustituto en la silla presidencial. Le nombra su ministro de lo Interior y Policía; luego le transfiere al Ministerio de Hacienda y Comercio. La pandilla de áulicos jefeadada por el ministro de Guerra Manuel Jiménez, más insidiosa y pugnaz ahora, confabula contra el vencedor de Estrelleta. Es inventada una conspiración con el designio de aniquilar el gobierno constituido. El General Puello es la cabeza de esa fantástica sedición. Al Presidente Santana conviene destruir a este hombre que tiene influencia en el pueblo y gloria militar superior a la suya; que no se comporta con la sumisión de los serviles; y aprovecha la ocasión para fulminarlo. Una aparatosa Comisión Mixta que le juzga sin derecho a comparecer ante sus jueces ni a intentar los recursos de apelación y de gracia, le condena a muerte en unión de su hermano Gabino y de su tío Pedro de Castro. El General Puello se encaró a la tragedia del patíbulo, el 23 de diciembre de 1847, con el mismo denuedo conque afrontó al haitiano armipotente en Estrelleta. Era la consumación de un crimen que la historia nunca ha perdonado ni excusado.

El general Joaquín Puello y la entrada de Santana a Santo Domingo

A propósito de la conducta del General Joaquín Puello, con motivo de los hechos que culminaron con la entrada del General Santana en Santo Domingo el 12 de julio de 1844, dice el historiador García, refiriéndose a la Junta Central Gubernativa, que “las repetidas órdenes eran desatendidas y el coronel José Joaquín Puello, que era toda su esperanza, dejándose influenciar, le negó a última hora el apoyo de las armas, viéndose entonces el General Sánchez en el duro caso de tener que ir a conferenciar con el jefe del ejército sublevado a San Cristóbal y celebrar con él un entendido que sólo sirvió para evitar el derramamiento de sangre, etc...” En sus *Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo*, etc., aludiendo Rosa Duarte al mismo asunto, escribe que “el Gene-

(1) Máximo Coiscou Henríquez.



ral de la plaza Joaquín Puello desobedece las órdenes de la Junta, traición que pagó con su cabeza que se la cortó Santana". Los que han comentado estos sucesos con posterioridad a García y Rosa Duarte no han hecho otra cosa que tragarse el polvo de su camino; pero Saint Denys, que en los mismos, fué más que espectador, actor, y que era además un acérrimo adversario del General Joaquín Puello, explica los hechos de muy diverso modo a como los presentan el venerable pionero de la historia patria y la memoriosa hermana del creador de la República. El análisis de esos hechos permitirá hacer luz en el asunto y se verá que no es justa la imputación que se hace a Puello.

En la mañana del 8 de marzo de 1844 Bobadilla visitó a Saint Denys y tuvieron un cambio general de impresiones. En la noche de ese día le envió bajo reserva unas bases de acuerdo y le pidió una entrevista para el día siguiente. El 9, a las 7 de la mañana, Bobadilla, coordinador de la fructuosa entrevista, visita a Saint Denys en unión de Sánchez, considerado jefe del movimiento revolucionario por ausencia de Duarte. En esta visita ambos aceptaron el protectorado francés que el Cónsul les propuso como única solución capaz de influir en que Francia decidiera dar su ayuda al naciente Estado y se comprometieron a obtener de los miembros de la Junta que "por un acto secreto o por una carta firmada por ellos", contrajeran el compromiso de tratar la cuestión del protectorado francés en la constitución a votar o en una convención especial que podría hacerse más tarde. Ellos cumplieron su oferta. En la noche del mismo día, Saint Denys recibió una nota, firmada por Bobadilla, Sánchez, Valverde, Moreno y Mercenario, con las propuestas convenidas en la mañana por Bobadilla y Sánchez, la cual termina diciendo que "sólo añadiremos que por nuestro pacto fundamental, o por los tratados que hayan de intervenir, no estaremos lejos de elegir a la Nación francesa por protectora de nuestra causa y territorio en caso de alguna agresión extranjera". La resolución de la Junta, del 8 de marzo, tomada a los 10 días de proclamada la República, mediante la cual "el gobierno de Santo Domingo, en recompensa, cederá a la Francia a perpetuidad la península de Samaná", está suscrita por Sánchez. El 17 de abril, Sánchez solicita de Saint Denys, con sus compañeros de Junta, Bobadilla, Echavarría, Jiménez, Medrano, Delorve y Valverde, "que se nos dé especialmente y hasta que un tratado solemne sea concluido, tres mil hombres armados, tres mil fusiles y el mismo número de cartucheras y un crédito abierto para atender inmediatamente a las necesidades indicadas", concurso con el cual esperaban obtener "los más felices re-

sultados para el país y para la Francia misma". En esta nota se recuerda a Saint Denys que les había ofrecido tramitar las proposiciones del 9 de marzo con las recomendaciones correspondientes y le piden que lo haga con prontitud en vista de la gravedad de la situación. Entre los documentos que historian los acontecimientos del 26 y el 28 de mayo, solamente el vocal de la Junta Juan Pablo Duarte aparece protestando contra el proyecto de cesión de la península de Samaná a Francia. "Más el 28, dice el periódico *Fenille de Commerce*, el Cónsul francés habiendo enviado a la Junta otro escrito contentivo de los términos en los cuales debía ser concebido el tratado de protección, con la amenaza de retirarse del país con sus compatriotas y los buques de guerra estacionados en Santo Domingo, este documento fué aceptado por la Junta y firmado por sus miembros, a excepción del General J. Duarte que con este motivo dió su dimisión de miembro de la Junta y de Comandante de la provincia de Santo Domingo". Entre los miembros de la Junta que aprobaron el proyecto estaba Sánchez. Para el 1.º de junio presidía la Junta el Doctor Caminero. En esa fecha la Junta dirigió una nota a Saint Denys en la cual se sugiere la conveniencia de que el Almirante Demoges, el Cónsul General y él, Saint Denys, "reconozcan provisionalmente la independencia dominicana bajo la protección política de Francia", considerando el reconocimiento como "el primer acto" que debe poner a la junta "en mejor situación para los tratados que hayan de seguirse" y de que se procure la posibilidad de una ocupación provisional de la bahía de Samaná "si las circunstancias lo exigieren". En esta nota se halla la firma de Francisco Sánchez. Saint Denys menciona a Sánchez en su minuciosa carta del 1.º de julio a Guizot informándole los sucesos del 9 de junio, en los cuales aparecen como autores de los mismos Duarte y Joaquín Puello, solamente para decir que temiendo la Junta que lo sucedido le alejara de ella, "le envió repetidamente al General Sánchez, su presidente actual, para asegurarme que este acontecimiento, ordenado por las circunstancias imperiosas del momento, no cambiaba en nada sus buenas disposiciones para nosotros, que todas sus proposiciones eran mantenidas, que todas sus promesas serían fielmente cumplidas". Sánchez, presidente ahora de la Junta, ratificaba su propósito de aceptar la protección francesa. García, citado ya, dice que Sánchez no hubiera deseado llegar adonde llegaron Duarte y Puello. Estaba demasiado comprometido para desearlo. "La Junta, explica Saint Denys, animada de buenas intenciones, mas desbordada por las exigencias del dictador Puello, me ha hecho suplicar con



insistencia que no me aleje de ella y que no la prive de mis consejos de los cuales se complace en reconocer la utilidad y el desinterés". Más adelante agrega, lamentándose del poder creciente de Puello, que "sus colegas los Generales Santana, Sánchez y Jiménez, así como la gran mayoría de la Junta, comparten esta antipatía y sienten, como todos los amigos esclarecidos del país, la necesidad de deshacerse lo más pronto de esta dictadura, que tanto les pesa como les humilla". Es obvio, si esto es cierto, que la Junta presidida por Sánchez se servía de Saint Denys contra Puello. Saint Denys considera a Puello peligroso por su ascendiente en la tropa negra y trabaja en el sentido de hacerla salir de la ciudad con la esperanza de anular la influencia de Puello que le es hostil. "Es indispensable alejarlo de los negocios y del país" exclama, lleno de rabia y de pasión contra Puello, "capaz de todos los excesos para llegar a sus fines". Le calumnia imputándole que laboraba "secretamente en interés de una restauración haitiana más que en su propio interés", porque Puello no fué nunca a su gabinete, en actitud sumisa, a ofrecerle en dádiva la República como fueron todos los demás con excepción de Duarte. La saña de Saint Denys contra Puello es más despiadada aún que contra Duarte porque mientras a éste lo juzga como a un joven inexperto sin prestigio para resolver nada, al General Puello lo cree "capaz de todo" y lo señala como el verdadero "autor del 18 Brumario dominicano". En su carta del 10 de julio a Guizot, comenta Saint Denys la actitud de la Junta y la situación reinante en Santo Domingo con motivo de la insurrección del General Santana en Azua, el 3 de julio, y de su marcha sobre la capital. "A la primera nueva de la puesta en marcha y de la próxima llegada de Santana, escribe su endiosador, la Junta Central, actuando bajo la influencia del General Puello y herida sin duda en su amor propio y en su dignidad de cuerpo, porque amigos imprudentes de Santana habían dicho públicamente que venía a darles una lección, la Junta, dije ya, había decidido que este General sería recibido si se presentaba solo, más que sería rechazado a cañonazos si pretendía entrar en la villa con sus tropas". "La alarma era general, los partidarios de Santana corrían a las armas, la situación era realmente crítica". La plaza comienza a alistarse para la defensa entre el desconcierto de todos. Duarte en el Cibao ha caído irresoluto en la celada del aura popular veleidosa, arrastrado por el temperamento impulsivo y la estrategia política equivocada de Matías Ramón Mella.

En este instante crítico, en Santo Domingo sus adeptos vociferan, increpan, insultan en balde. La

Junta está dividida y el principio de autoridad, perdido. Con excepción de Pérez y de Pina, todos los miembros de la Junta han congeniado desde el nacer de la República con la idea de la protección francesa y se han comprometido a hacerla prevalecer. En esta hora sombría aparece Saint Denys como el ángel salvador. Un ángel iracundo que dispone de buques de guerra. Amenaza retirarse con sus nacionales y sus barcos si la Junta persiste en la intención de oponerse a la entrada de Santana. "Yo no he vacilado en intervenir cerca de la Junta, escribe en 10 de julio Saint Denys, para pedirle la concordia, la unión y el mantenimiento del orden; yo amenacé aún con retirarme con mis nacionales si se persistía en recurrir a la fuerza para rechazar a Santana. Esta actitud de mi parte ha hecho una viva sensación en la villa y ha contribuido no poco a mover la Junta y al General Puello mismo a sentimientos más moderados y más conciliadores". Su amenaza causa impresión en la ciudad y en la Junta. Los ánimos se doblegan por adelantado. Sánchez, Presidente de la Junta, patriota heroico, revolucionario intrépido, militar indolente y político débil después de "una larga conferencia al respecto" con Saint Denys, se transporta con urgencia a Baní a negociar con Santana la capitulación de Santo Domingo. A este respecto escribe el autor del documento *Sucesos políticos de 1838-1845* (Documentos para la historia de la República Dominicana, pág. 36), "allí fué el General Francisco Sánchez a conferenciar con él pues se decía que él traía ideas hostiles, tuvieron una fuerte polémica de la cual quedó convencido Sánchez que Santana no venía con malas ideas; regresó a la capital, dió cuenta a los miembros de la Junta del resultado de su misión, y quedaron también satisfechos, al día siguiente en la tarde hizo Santana su entrada en la capital al parecer pacíficamente, y en la mañana del día siguiente movilizó sus tropas, les ordenó fueran a la Plaza de Armas y al llegar él allí fué vitoreado por ellas y proclamado Jefe supremo y le añadieron por la voluntad del pueblo etc". Santana entra el 12, el General Jiménez. Comandante del Departamento, y el General Puello, Comandante de la Plaza, obedientes a las disposiciones de la Junta, salen a recibirlo a gran distancia de la ciudad. El 13 es proclamado Jefe Supremo por el Ejército que le sigue. Su primera visita es para Saint Denys, su inventor junto con Bobadilla. Los duartistas leales se desbandan perseguidos por la impiedad de sus opositores triunfantes. Sobrevive al naufragio el General Joaquín Puello a quien Santana "por política y por necesidad trata con muchos miramientos y cortesías y parece dispuesto, hasta nueva orden, a conservarle en la comandancia de la plaza de Santo Domingo,



escribe Saint Denys en su carta del 29 de julio al Ministro Guizot. Es obvio que si el General Sánchez fué a Baní a discutir con el General Santana su entrada a la plaza de Santo Domingo, no fué porque el el apoyo de las armas”, le puso “en el duro caso” de hacerlo; sino porque oyó el canto de sirena del hábil y melifluc Cónsul de Francia quien le aconsejó que fuese a “presentarle sus cumplimientos y a convenir con él los preparativos de su entrada a Santo Domingo”. Lo que se calla Saint Denys es lo que conversaron él y Sánchez en la “larga conferencia” en que lo indujo a tomar esa actitud “moderada y conciliante”. Por otra parte, toda la actuación oficial de Sánchez, como miembro de la Junta, desde el 9 de marzo hasta el 12 de julio en que como su Presidente dirige una nota a Saint Denys, confirmada luego por Santana y el Estado Mayor de la Armada Dominicana del Sur al apoderarse de la Capital, “para asegurarle que ratificamos nuestras pretensiones con respecto al reconocimiento y protección de la Francia, lo que deseamos concluir definitivamente tan pronto como se presenten agentes de su Magestad el Rey de los Franceses con poderes suficientes al efecto”, demuestra que el General Sánchez compartía el punto de vista de los afrancesados. No era un duartista puro y simple. No era ya un trinitario, aunque luego sucumbiera debajo de la saña procericida del decreto del 22 de agosto por lealtad personal a sus amigos en infortunio. Saint Denys consideró que la prisión de Sánchez era improcedente y tenía motivos para saberlo. La historia no ha aportado hasta ahora pruebas que autoricen a poner a cargo del General Joaquín Puello la responsabilidad que le atribuyen el historiador García y la abnegada Rosa Duarte a quien la República adeuda el bronce consagrador. Su negativa a la demanda de Pina y de Pérez que lo instaban a cañonear el Ejército comandado por el General Santana que se acercaba a los muros de Santo Domingo después que la Junta había acordado con el Jefe rebelde, por medio de su Presidente, facilitarle la entrada pacífica a la ciudad, no puede invocarse como falta de apoyo a la Junta pues Pina y Pérez no eran en ese momento sino disidentes de lo resuelto por la mayoría de la misma y Puello no hizo otra cosa que respaldar su decisión como era su deber de autoridad militar subordinada. No acatar lo decidido por ella sí hubiera sido negarle su apoyo. El martirio del General Sánchez en el cadalso que selló su epónimo destino, despertó un sentimiento de piedad hacia su memoria que ha espigado en el perdón del silencio de sus fragilidades políticas; pero en el análisis constructivo de los hechos es forzoso discriminar entre los actos del patriota que lo elevaron a excelsitudes luminosas

y los del político con fisuras de inconsistencia de carácter.

TRES SUCESOS QUE MERECE SER CONSIDERADOS.— La historia da participación principalísima al General José Joaquín Puello en tres sucesos de relevante significación que merecen ser considerados especialmente: en aquel que expulsó del seno de la Junta Gubernativa, el 9 de junio de 1844, al personal que intrigaba con el Cónsul Saint Denys con el fin de obtener para la República el protectorado de Francia; en aquel que abrió las puertas de Santo Domingo al rebelde General Santana; y en el de la conspiración que le llevó al cadalso.

Su actuación en los acontecimientos del 9 de junio fué decisiva. Su oposición a todo plan protectionista era radical. No vaciló en prestar a Duarte el apoyo de la fuerza que comandaba y en presentarse ante la Junta en unión suya a echar afuera a los que juzgaban traidores al ideal que inspiró a los que iniciaron la independencia con la fundación de La Trinitaria. Saint Denys le considera el verdadero autor de lo que llama “una especie de 18 Brumario”. Si Bobadilla y sus compinches escaparon a la orden de prisión y extrañamiento del país dictada contra ellos fué —dice el autor de la Viña de Nabott— porque el General Sánchez les dió oportuno aviso, afirmación que puede no ser verídica si se toma en cuenta que él recibió la confianza de los amotinados para reemplazar a Bobadilla en la presidencia de la Junta. Saint Denys describe, con abundancia de pormenores, los hechos de este día, y censura acerbamente la actitud asumida por los Generales Duarte y Puello contraria al proyecto que con extrema habilidad y sutileza había conseguido que fuese aceptado por sus cómplices, ahora fugitivos o asilados. Sin embargo, él anunciaba a su Ministro Guizot que el General Santana vendría pronto a restablecer el orden, lo que permite conjeturar que existía una trama, independiente de las ocurrencias del 9 de junio, con el propósito de que el General Santana se incautase del poder. La imprudencia que facilitó el ocultamiento de Bobadilla y consortes malogró el plan de los Generales Duarte y Puello quienes probablemente quisieron adelantarse a los desquiciados acontecimientos que se verificaron más tarde y acerca de los cuales es un seguro pronóstico la carta de Santana a Abraham Coén, escrita en Baní dos días antes de la batalla de Azua, en la cual se atreve a garantizar “en todas sus partes y a satisfacción de Saint Denys”, como si ya su voluntad imperase sola, las proposiciones convenidas por ellos “de protección y unión”.



El blanco de la malquerencia de Saint Denys era el General Puello a quien acusaba de antiblanco. Su fantasía no cesaba en la tarea sistemática de imputarle intenciones malévolas. Se veía devorado por una carnicería de blancos perpetrada por las tropas negras y de color que acataban a Puello. Este era el dictador sin conciencia que todo lo avasallaba. El General Joaquín Puello era el peor enemigo de Francia. Era la obsesión trágica de sus sueños proteccionistas. Había que eliminarlo del mando, que desterrarlo, para que todo marchase sin tropiezos. Si Puello se hubiese dejado influir en el último momento para negar su apoyo a la Junta Gubernativa y propiciar la entrada del General insurrecto a Santo Domingo, Saint Denys, participante tan activo y prominente en este acaecer que deslindó las fronteras de la política nacional en aquella hora incierta, no habría dejado de saberlo ni de informar a su Ministro por la importancia que ese acto tenía para la realización de sus planes. Lo que Saint Denys informa, con un desencanto que no cubre las apariencias, es que el General Santana trata a Puello "por política y por necesidad con muchos miramientos y cortesías y que parece dispuesto, hasta nueva orden, a conservarle en la comandancia de la plaza de Santo Domingo". Todos los que han hurgado en aquella agitada época de nuestra historia, dicen que el General Joaquín Puello mantuvo inalterable sus convicciones nacionalistas, hasta que cayó abatido por el pelotón de fusilamiento. Es más, esas convicciones, que lo apartaban de la camarilla palaciega, originaron en mucha parte su desventurado final. En cambio, si como afirma Saint Denys, él, más que aconsejó, obligó a la Junta a no entorpecer la entrada del General Santana e impulsó al General Sánchez, Presidente de la misma, a ir a Baní a presentar "sus cumplimientos" a dicho General, no creo que haya razón legítima para desnaturalizar los hechos en perjuicio del bravo capitán de Estrelleta. El General Puello hizo lo que le correspondía hacer: acatar la decisión de la Junta Gubernativa que dispuso que se dejara libre el paso a quien, tan pronto como ocupó la ciudad, faltando a lo convenido con el General Sánchez, se erigió en verdugo del caudillo de la revolución seperatista y de los amigos que no le abandonaron en la hora amarga de su ocaso político.

El esclarecimiento de la imputación hecha al General Joaquín Puello de que era cabeza de una conspiración contra el gobierno en que participaba como ministro, lo deja el historiador García al fallo de la posteridad. Otros historiógrafos dominicanos se limitan a consignar el fusilamiento de los hermanos Puello como consecuencia de la trama subversiva que se les achacó. Todos, si no lo aseveran, narran el su-

ceso en forma que se deduce claramente que no creen en la existencia de dicha conspiración. Morillas, en la citada biografía, pinta al General Puello como un censor sin embozo de los actos del gobierno en que participaba y como aspirante a mayor ascendiente en él. La señala como hostil a la raza blanca y de haberse manifestado abiertamente contra la ley del 7 de julio de 1847 que autorizó al Poder Ejecutivo a promover la inmigración extranjera. La opinión de Puello, según su biógrafo, era que la inmigración no debía ser de blancos solamente, sino de blancos, negros y de color por partes iguales y juzga imprudencia que Puello la expresara sin reservas. Toma esto a mala parte y le imputa preocupaciones de raza. Morillas no vacila en opinar que con menos adversión a la raza blanca o con más disimulo de sus sentimientos, el General Puello hubiese ascendido a la Presidencia de la República y que ésta con su muerte se libró de la ruina de la lucha racial que tal suceso hubiera ocasionado, con lo cual prejuzga en perjuicio de Puello y demuestra tanta preocupación en interés del blanco como la que atribuye a Puello en el del negro y el de color.

Si García, contemporáneo de esos infaustos acontecimientos, no se ha atrevido a sentar como verdadera la causa invocada para el sacrificio de ese prócer de la independencia nacional, es dudoso que las generaciones actuales, sin documentación apropiada, puedan hacer luz en torno de lo que a través de más de un siglo ha sido calificado de "asesinato jurídico" con el propósito avieso de anonadar a un rival poderoso. Juan Nepomuceno Tejera y Tejada, miembro de la Comisión Mixta que condenó a muerte a los Puello, en sus *Apuntes Históricos* (*) sindicó al General Manuel Jiménez, Ministro de Guerra y favorito del Presidente Santana para estos días, "enemigo acérrimo de Joaquín", y agrega que Jiménez "aconsejaba con ahinco a Santana que pusiese a tiempo coto a las aspiraciones de Joaquín". Los acontecimientos posteriores demostraron que el conspirador era Jiménez y que al hostigar a Santana contra Puello, buscaba limpiarse el camino hacia la presidencia haciendo desaparecer a un adversario a quien temía. La Providencia castigó su infamia sumiéndole en perpetua desgracia. Que no se puede vivir en felicidad con olvido de las normas morales a que ajustan sus actos las conciencias honradas.

Por encima de las miserias que llevaron a muerte innecesaria al General José Joaquín Puello, reverdecen para siempre los laureles que conquistó su brazo en Estrelleta.

(*) Véase *Clio* núm. 96, mayo-agosto de 1953, pág. 94. Los originales los posee el doctor Vetilio Alfau Durán.

